



Nuestro *periodismo político* sobre la mesa

Fotos: Nelly Plaza

Hay todo un debate en torno del "periodismo político" que hacemos aquí y ahora, y que involucra a medios de comunicación (prensa escrita, televisión y radio), periodistas y propietarios. Un debate que a veces es abierto, otras veces circula vía rumor, cuchicheo o bolas, y en ocasiones recurre al entrelíneas o a la indirecta.

Y esta vez las aguas no están partidas de la manera como lo estaban en otras épocas. Hoy no es posible encontrar de un lado el sector con trayectoria democrática y del otro el no democrático. Las amistades y enemistades han cambiado mucho (y, obviamente, no nos referimos a la línea que trazan publicaciones como *La Razón*), y en ocasiones son francamente "raras", por decirlo de alguna manera.

Por eso *ideele* decidió plantear el tema invitando a un grupo importante y reducido de periodistas a que opinaran con toda la libertad de expresión del mundo, tratando de inspirarlos provocadoramente de la siguiente manera:

¿Qué pasa con el periodismo político en el Perú de hoy?

No pasa nada. Lo mismo de siempre. Como en todas partes. / El rating o las ventas obligan a todos o algunos al "todo vale", a pasarse de la raya. / Hay medios que, en virtud de los intereses de sus propietarios u otro tipo de intereses, asumen, por principio, posiciones políticas en contra del Gobierno. / Existen asimismo medios que, por los intereses de sus propietarios u otro tipo de intereses, adoptan, por principio, posiciones a favor del Gobierno. / Hay una competencia entre periodistas por quién es "el más-más". / Es la modernización, nos guste o no. / El periodismo es el reflejo de lo que ocurre en el país. / Se está produciendo un recambio de generaciones y de estilos, con los choques propios de este proceso. / Ha cobrado fuerza el virus del "escandalitis", pues en países como el nuestro solo el escándalo vende y no hay espacio para un buen periodismo. / El periodismo está dando hoy —como lo hizo antes— batallas fundamentales en la línea correcta. / No es un tema. / Ninguna de las anteriores. Todas. Algunas.

Fueron advertidos de que solo estaban prohibidos el "desconozco mayormente", o el clásico "no contesto, no sé, no opino".

Nuestro agradecimiento a quienes no rehuieron el examen y aceptaron hacer esta especie de autoendoscopía profesional, sabiendo lo desagradable que resulta, en cualquier circunstancia, este tipo de examen.



¿Vieja *versus* nueva prensa?

Juan Carlos Tafur

Director del diario *La Primera*

A contrapelo de lo que opinan los representantes de cierto sector del periodismo nacional, considero que el momento por el que hoy discurre la prensa es enormemente promisorio y alentador.

Bajo la sombra ominosa del periodismo rentado por Montesiños durante la década anterior se nos quiere vender el cuento de que la prensa era antes de la década de 1990 un ejercicio impoluto de libertad y de transparencia, además de despliegue de buen criterio y responsabilidad.

En consecuencia —se señala— hoy el periodismo, y particularmente el de investigación, ha descendido al nivel más chato de su historia. No hay como el ayer, dicen relamidos los miembros de la Orden.

La verdad es que una revisión cabal del modo de hacer

periodismo antes del fujimorato no nos debería llevar a sentirnos —salvo excepciones históricas muy específicas— orgullosos de nuestro quehacer. Que no había fajos de billetes sobre una mesa, no los había. O no lo sabemos. Pero que había tráfico de influencias, vetos antidemocráticos, noticias sesgadas, conflictos de interés, parcialidades políticas descomunales y demás vicios del periodismo político, los había a diario. Ni qué decir de canjes publicitarios más que sospechosos o de la figura de *sponsors* anónimos que, dizque en apoyo a una causa periodística, adquirirían inmunidad.

El escándalo de los vladivideos ha servido, en cambio, para despertar una conciencia más profunda de un buen número de hombres de prensa de las distancias debidas respecto del poder en cualquiera de sus manifestaciones.

Que en ese trance renacentista la prensa haya cometido excesos y caído en una suerte de "denuncitis" es innegable e inocultable, pero a pesar de ello consideramos ese estado de ánimo infinitamente superior al anterior.

Sobre todo porque a partir de una sana intención de no callar nada, bastará que se vaya decantando —como ya lo está haciendo— y arribará a una madurez profesional casi inédita en la historia del periodismo nacional.

En este punto veo yo el conflicto actual entre los hombres de prensa: entre quienes creen que el periodismo es una forma distinta de hacer política, y quienes quieren rescatar la esencia básica del periodismo, que no debe atender otra cosa que la noticia, es decir, aquello que, ajustado a la verdad, se considere de interés público.

Allí está la diferencia. Y sería tonto reducirlo a un tema generacional. Sin duda, no transcurre por allí el *impasse*. Hay periodistas sesentones que han recogido la enseñanza, como hay periodistas treintones que, sin vergüenza ni rubor, recurren a las viejas mañas. Toda esta discusión generada alrededor de los límites y errores

de la prensa es, por cierto, saludable. Ayuda a repensar los fundamentos éticos de la profesión y a que cada quien se ubique en el lugar que más le plazca.

Porque tan legítimo es hacer prensa independiente como no hacerlo, que al final será el lector, el oyente o el televidente el que juzgará y elegirá.

Pero lo que sí debe anotarse es que, curiosamente, los ataques suelen provenir de un solo lado, de la vieja prensa contra la nueva (por darles una denominación algo cursi), en una muestra de intolerancia bastante deleznable y que más parece reflejar un mecanismo de defensa frente al éxito ajeno y el fracaso propio. ■

¿Qué pasa? Mucho

gustavo gorriti

Codirector de *La República*



Pasa mucho. Tanto bueno como malo.

Empecemos por lo bueno. Hay una gran variedad de opinantes en la palestra. Las columnas de opinión han crecido mucho

en presencia, variedad, desfachatez y, a veces, inteligencia y originalidad. No recuerdo ningún otro momento en el periodismo nacional en el que tantos columnistas (unos pocos especializados; y los más,

doctos en lo humano y lo divino) hayan publicado a la vez. Para dos o tres periódicos, apoyarse en los columnistas ha sido una estrategia barata y de pronto efecto para lograr identidad y ventaja

comparativa. Y les ha funcionado, pues en las columnas conviven desde los alegremente coprolálicos hasta los esforzadamente desanimados, pasando por los gurúes del magnesio y del meñique levantado.

Del número emerge la variedad de estilos, que como muestra de la forma limeña de pensar y discutir (con algún ingrediente arequipeño, claro está), es el ejercicio diario que entretiene mucho más a la gente que el periodismo meramente informativo.

La desfachatez es, como he dicho, una de las características interesantes del superávit de columnistas hoy. Si lo comparamos con la tímida grisura que se daba en los tiempos de Fujimori, vemos que hemos pasado del susurro a la cacofonía. Prefiero lo segundo, aun pensando lo que pienso sobre los motivos de antiguas timideces en muchos de los hoy cacófonos.

El columnismo con esteroides tiene, claro está, su interés y sus limitaciones. Como en los concursos de físico-culturismo, vemos que mucho de lo que hoy destaca por su estridencia es como el músculo aceitado de quienes entrenan para posar: bueno para el *show*, inflado, pero sin fuerza ni sustancia real.

Aun así, en medio de los posadores hay algunos columnistas —una media docena quizá— que piensan cuando

escriben, escriben lo que piensan y hacen ambas cosas bien. No sé si en todos los casos hay siempre sinceridad, pero inteligencia no falta.

¿Es el periodismo de investigación parte del periodismo político? Frecuentemente, sí. Mi impresión es que, en comparación con los dos o tres años anteriores, en los cuales el periodismo de investigación peruano estuvo en franca decadencia (devenido en varios casos, una mala imitación del periodismo paparazzi, con errores imperdonables, acompañados por un narcisismo frecuentemente patético), hoy experimenta una modesta recuperación. Están los trabajos de desenterramiento de evidencias adicionales de la corrupción montefujimorista (que paulatinamente se convierten en arqueología periodístico-judicial), meritorios en sí, pero que ya no impresionan a la empachada percepción del público. Como sucede con toda zona arqueológicamente rica, el huaqueo puntual —por importante que sea en sí— no excita al público. Solo el equivalente investigativo del Señor de Sipán (me imagino que el Señor de Cutrán: nueva e impactante evidencia sobre Fujimori o sobre la dupla tóxica en acción) puede remecer el interés de la gente.

¿Qué hay del periodismo político informativo? La mayor parte es de una pobreza deprimente. En parte no es responsabilidad del periodismo sino de sus sujetos de

cobertura. Pocas veces ha sido el discurso político nacional alumbrado por tanto rebuzno, pocas veces hemos tenido la colección de mediocres que hoy tenemos (y no es, tampoco, que en el pasado hayamos vivido una edad de oro).

Sin embargo, uno se pone a pensar en la maravillosa cobertura que puede hacerse si se le pone inteligencia, humor, irreverencia y mucho más reportaje a la cobertura de nuestros políticos. Sabemos además que varios de los brutos son corruptos, de manera que resulta obvio el periodismo divertido, útil y necesario que se podría hacer, si se le pusiera el debido esfuerzo y talento.

Pero gran parte del periodismo político informativo es el que se hace a partir de agendas frecuentemente forzadas, que la mayoría sigue con mentalidad de jauría y grabadoras acezantes. Tenemos todo un grupo de periodistas que ha descubierto a Valdelomar sin leerlo. Valdelomar, ya sabemos, decía aquello de que el Perú es Lima, Lima el jirón de la Unión y este el Palais Concert. La mayor parte del periodismo político hoy se hace en un radio de cuatro o cinco cuadras: entre la Plaza de la Inquisición, la Plaza de Armas y el Palacio de Justicia. Y se hace con profundidad de dedal.

No creo que, en muchos casos, los periodistas sean los

culpables. Lo son con frecuencia, claro está. Pero las redacciones reducidas, el raquítrico mercado, los bajos sueldos y, sobre todo, los intereses y las limitaciones de los propietarios, tienen un efecto profundamente negativo sobre la variedad y calidad de la cobertura.

¿Qué es más fácil: hacer una investigación sobre la lamentable parentela de Toledo o sobre Dionisio Romero; sobre Doris Sánchez o sobre la moral casquivana de los abogados más prósperos y la contradicción entre la moralina de sus discursos y la equívoca rentabilidad de sus casos; sobre la primera piñata de la nación (el presidente Toledo) o sobre Baruj Ivcher; sobre Margarita Toledo o sobre Bavaria; sobre Filete o sobre Fernando Zevallos? Ya sabemos que lo uno es riesgo cero coma cero y que lo otro afloja los estómagos, despierta las prudencias, las autocensuras y los silencios.

Claro está que hay que investigar y escribir sobre quienes gobiernan, pero admitamos que descubrir y exponer sus casos de corrupción es tan difícil como capturar a un grupo de carteristas con Parkinson o como pescar truchas en una piscigranja.

No dudo, por cierto, de la importancia de cubrir, reseñar e investigar al Gobierno y al Presidente, aunque ambos con frecuencia no parecen ni lo uno ni lo otro. Y se encontrarán, como se han encontrado, corruptelas.

Pero creo que la corrupción significativa no va por ahí, no está ahí, y que le es muy conveniente tener a un don Piñata en quien concentrar las iras de la gente.

Pero no me quiero apartar del tema. A los factores mencionados, que limitan y con frecuencia degradan la calidad del periodismo político, a la vez que lo distorsionan, añado o abundo en lo siguiente:

- Los propietarios de los medios imponen con frecuencia la línea editorial y direccionan la labor de sus periodistas conforme a sus intereses y en otras ocasiones conforme a sus miedos. No tienen los contrapesos básicos de un manual de estilo, de un consejo editorial independiente, de un *ombudsman*, que le den seriedad, horizonte e independencia al periódico.
- Hay una predominancia, en los niveles de dirección editorial, de un periodismo ideologizado, que busca demostrar sus convicciones a través de su cobertura. Sobre todo, pero no únicamente en el ámbito económico.
- Vinculado con eso está algo más serio: los medulares conflictos de interés que tienen muchos periodistas en ejercicio: desde el que dirige una cobertura económica y tiene intereses, digamos, en AFP y orienta dicha cobertura en forma de favorecer a sus intereses; pasando por los que duplean, formal o informalmen-

te, como relacionistas públicos o asesores de "imagen corporativa", y que son, en consecuencia, profundamente selectivos en cuanto a qué atacan, qué defienden y, sobre todo, qué callan.

- A la par de ello está el asunto de los lobbies. Nunca ha habido tanto lobiísta en este país. Los hay ahora de todo tipo y pelaje. Desde las transnacionales más o menos profesionales, hasta las empresas de extorsión apenas camufladas (algunas de ellas muy prósperas), con todos los matices intermedios. Hay redes de lobiístas, lobiístas-periodistas y también periodistas. La producción de mermelada es suficiente como para volver diabética a la insulina. Su capacidad de meter un tema en agenda, de jugarlo en pared de un medio a otro, es grande; como lo es la capacidad de callar lo que no les conviene que entre en la discusión pública.

Añádase a eso la magalización de parte del periodismo político y se tiene un cuadro mejor de lo que sucede hoy.

El periodista es un cronista. Su trabajo debiera ser la fuente principal que permita a los historiadores, en el futuro, saber qué pasó, cómo y por qué. ¿Podría un historiador responsable reconstruir lo que fue el Perú de hoy a partir de lo que aparece en el periodismo político del país? Ciertamente no. ■



Empujados a cubrir el vacío político

juan paredes

Editor central de Opinión y Política del diario *El Comercio*

Unas veces con modestia y otras con cierta arrogancia, el periodismo ha pretendido siempre ser o interpretar la voz de la gente, y, de paso, ser, también, la voz de los que no tienen voz.

Pero desde que la gente siente que le sirven poco o nada los poderes de la política y de la justicia, y desde que estos poderes no tienen para ella las respuestas que busca, el periodismo ha sido empujado a cubrir ese vacío de intermediación, con todas las limitaciones y los riesgos que podamos imaginar.

Pero igualmente, por las mismas razones, el periodismo se ha convertido en blanco de críticas y demandas sociales que no siempre conocen y entienden sus funciones.

La posición del periodismo y de la prensa, entre el poder político y la sociedad, no es pues una posición armónica. Suele ser más bien incómoda y tensa. Cuando no conflictiva.

Desde sus primeros viejos pasos en la cultura de la palabra impresa hasta sus saltos agigantados propios del desarrollo tecnológico y digital de estos tiempos, el periodismo siempre ha medido sus capacidades y su confianza pública frente a los poderes de turno, siendo el principal, por supuesto, el político. Ya sea para informar sobre las decisiones que se toman en esta instancia, ya sea para cuestionarlas y fiscalizarlas, ya sea para simplemente trasladar hacia ellas los intereses públicos más

diversos, el periodismo ha sido y es consciente de que carece de poder coercitivo y de que, en todo caso, el poder que tiene —innegable, por supuesto— es el poder del 'pataleo' y su eco en la sociedad.

Claro que en su indiscutible capacidad de formación de opinión pública podría radicar su mayor desquite con el poder político y con la historia.

Cuando *ideele* me pregunta qué pasa con el periodismo (político) de hoy en el Perú, precisamente traigo a colación estos conceptos y me animo a refrescar la paradoja actual de cómo no teniendo poder coercitivo alguno está condenado, no sé por

cuánto tiempo, a una intermediación excesivamente perniciosa que no le corresponde y que le está generando más penas que glorias y un desgaste mayúsculo de sus energías.

Si bien este tipo de intermediación es un fenómeno general en un mundo que el que la política y la justicia han perdido confianza y se han desacreditado demasiado, en el Perú adquiere un ribete alarmante. La estructura institucional, gubernamental, judicial y de Estado, aparece seriamente dañada como consecuencia de periodos dictatoriales y autoritarios que se empeñaron en destruir las bases jurídicas y los partidos políticos, y de etapas democráticas que apenas tuvieron tiempo y oportunidad para sobrevivir sobre sus escombros y se sintieron impotentes para emprender un curso distinto y superior a su suerte.

De esta manera el periodismo y los medios de comunicación han pasado a ocupar, sin proponérselo, el espacio del debate político por excelencia, y los partidos políticos han resuelto ventilar muchos de sus asuntos en ese espacio antes que en los propios, que se han vuelto de por sí ineficaces o inexistentes. Es cierto que la modernización de los medios de comunicación ha llevado el debate político a su terreno, pero no lo es menos que las organizaciones políticas se han distanciado de sus bases y estas han perdido confianza en sus dirigencias y apenas pueden apostar cíclicamente por *outsiders* ante la decepción que despierta la política tradicional.

La desarticulación y la desinstitucionalización de sociedades como la peruana hacen prácticamente imposible la entrada en escena de agendas políticas maduras y duraderas. Por lo general abundan las agendas efímeras y mediáticas, en las que la coyuntura se abre paso al compás de intereses personales y particulares. Poco o nada cuentan los proyectos o propuestas de mediano y largo plazo. Y el periodismo y los medios de comunicación viven, frente a eso, el peor de sus dilemas: se atreven ellos mismos a poner la agenda política (con el riesgo de que no siempre sea una buena agenda) o tendrán que correr detrás de las otras sin saber muchas veces a dónde pueden llevar.

El Gobierno del presidente Toledo se ha caracterizado, por ejemplo, por no tener una agenda política o agendas políticas. Y cada vez que han intentado colocarla en el debate político, la han manejado mal. Otras agendas puestas por el Gobierno han estado dirigidas más bien a sus pugnas internas, a la destrucción de uno u otro personaje o a la búsqueda de recuperaciones o afirmaciones de popularidad al precio de mecanismos de comunicación demasiado forzados y artificiales. El periodismo y los medios de comunicación no han hecho sino reflejar estas agendas, con el consiguiente efecto negativo para el propio Gobierno. De ahí que este termine habitualmente viendo la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio respecto de la suma de sus errores y la resta de las pocas virtudes que distinguen su actuación política.

El periodismo y la prensa independientes cargan además con una tarea de intermediación entre el poder y la sociedad a causa de la corrupción generalizada del régimen fujimorista, en la que se vieron envueltos propietarios, ejecutivos, editores y periodistas de importantes medios de comunicación. Uno de los efectos que se desprenden de esa entraña de corrupción es la demanda constante de la sociedad por ver cada vez más denuncias y, si es posible, judicializaciones en los medios de comunicación. A su vez, estos se imponen esa obligación no siempre desde una acertada medida de sus recursos y capacidades para hacerlo, lo que da como resultado investigaciones mediocres y más ruidos que nueces a la hora de generar expectativas por algunas noticias. El periodismo y los medios de comunicación tienen que ser cada vez más conscientes de sus posibilidades y limitaciones. Hasta dónde pueden intermediar de cara al interés público. Y hasta dónde no.

Es cierto que el Gobierno, el Congreso, el Poder Judicial, y el Estado en general, atraviesan un descrédito sin precedentes. Es cierto que el periodismo y la prensa le toman a estos poderes algunos de sus abandonados deberes de servicio, fiscalización e investigación. Pero lo que no pueden hacer es reemplazarlos, por enorme que sea el empeño que pongan en lograrlo. Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Al poder lo que es del poder. Y a la prensa, lo que es de la prensa. Y así habremos bajado el nivel del conflicto entre la vereda de acá y la de enfrente. ■



En el periodismo político se ha instalado una congeladora de pensamiento único: la ideología neo o paleoliberal, según la cual el mercado lo decide todo y los derechos humanos y sociales son una incomodidad en retirada (derecho al Seguro Social o a la jornada de ocho horas, por ejemplo).

Tal fundamentalismo capea, con pocas excepciones, en prensa, radio y televisión, y atraviesa la delgada línea de sombra entre oficialismo y oposición.

Esa ideología cargada de odio tiene consecuencias muy graves en un país que no es precisamente ejemplo de equidad y de justicia. Más de un caso de violencia en puntos

distintos del país nos alerta sobre lo que puede ocurrir si no se enmiendan rumbos.

El peligro del fundamentalismo se expresa incluso en la ceguera con que se enjuician severos problemas nacionales. Un caso reciente es el de las armas entregadas por Chile al Ecuador en los días del conflicto del Cenepa, armas destinadas, por supuesto, a matar peruanos. Pero como Chile es la patria ideal de muchos neoliberales, había que bajar el tono de la información, tratar con delicadeza de monjas del siglo XIX a quienes así habían afectado el derecho y el interés del Perú.

El presidente de Chile, Ricardo Lagos, se quejó de que un

comunicado de la Cancillería y el Ministerio de Defensa del Perú no se hubiera dado a conocer primero al Gobierno chileno. Era ese un comunicado destinado a los peruanos. Como el Perú no es Puerto Rico, no tenía por qué remitir el texto a la veeduría de un supuesto amo exterior.

Sin embargo, hemos visto a diarios supuestamente serios editorializar con ira contra el comunicado, por el crimen de no haberlo dado a conocer previamente al Gobierno chileno.

Luego ha resultado que un ex vicecanciller de Chile reconoce no solo el contrato para la venta de municiones firmado entre Chile y el Ecuador en setiembre de 1994, sino, además, la

entrega de ellas en pleno conflicto del Cenepa. Lo que las autoridades chilenas habían negado con dureza. O sea que el Perú tenía razón, pero muchos peruanos, no.

Lo mismo ocurre con el problema de los puertos. Diarios, radios, televisoras e ilustres profesores universitarios salen a defender la entrega de nuestros puertos a quien sea, con tal de que sean eficientes. Omiten que ya Chile, que posee un virtual monopolio de la flota que abastece a nuestras costas, suspendió por días los suministros de combustible durante la guerra del Cenepa. Eso, en un país que carece de flota mercante y casi no tiene aviación comercial.

No hace falta ser patrioterero para observar estos hechos, que mañana llenarán de vergüenza a muchos personajes. El periodismo debe tener sentido nacional —y social—.

El periodismo peruano atraviesa desde hace años por una profunda crisis en su economía (no la de unos cuantos), su moral y, sobre todo, su prestigio. Una buena parte de esa situación se debe a la ruptura creciente con los intereses de fondo del país y de los sectores populares.

Distinto es el caso en Chile. El general Augusto Pinochet era un dictador sanguinario y, como se ha demostrado, hasta ladrón, que a lo mejor cobró comisiones por la venta de armas al Ecuador contra

el Perú; pero no perdía de vista los intereses de su país y de su casta.

Hace pocos años, en un debate sobre las ideas de la filósofa Hanna Arendt, el profesor Christian Bay expresó: "Hace un siglo era posible decir con Stuart Mill que, a la larga, la verdad se impondría en un mercado libre de ideas. Pero (a) no disponemos de mucho tiempo, y (b) no existe ningún mercado libre de ideas".

Bay se refería a Estados Unidos, donde cuando menos existen los Noam Chomsky y los Michael Moore. Aquí, en cambio, domina el coro cacofónico, monocorde y repetitivo de unos paleoliberales que cacarean el catecismo del privilegio y la desigualdad. Mientras acechan los peligros de adentro y de afuera. ■

Rajes del oficio

augusto álvarez

Director de *Perú.21*

La invitación es para opinar sobre la situación del periodismo político en el Perú a propósito del debate —unas veces abierto, otras en cuchicheo— que hoy se produce entre quienes ejercen este oficio respecto de lo que es 'buen' y 'mal' periodismo.

Nuestros anfitriones sostienen en su invitación que hoy las aguas no están partidas entre los periodistas como en otras épocas —por ejemplo, entre demócratas y autoritarios—, y que las razones de ello "en ocasiones son francamente raras".

Aportaré un punto de vista para explicar dichas "rarezas" en

función de mi experiencia personal, lo que me obliga a presentar una breve ficha biográfica: entre 1980 y el 2002 trabajé en las publicaciones económicas del Grupo Apoyo; en el 2000 ingresé en *Rueda de Prensa*, de canal N; luego, en el 2002, fundé el diario *Perú.21*, cuya dirección ocupó hasta hoy; y desde este año trabajo también en *Ampliación de Noticias* de Radioprogramas del Perú (RPP).

Estos tres últimos espacios me colocan, inevitablemente, dentro de ese 'periodismo político' que hoy está en la picota. Con frecuencia recibo críticas de algunos lectores —un derecho que respeto, pues los periodis-

tas estamos supeditados al premio o a la sanción pública—, de políticos —como los del Congreso, que ya me ha 'censurado'— y, también, de algunos colegas.

Entiendo que la principal obligación de un periodista es con el lector y con la audiencia que tiene la generosidad de dedicarle su tiempo, y que la mejor manera de atenderlos es informando con veracidad y opinando con honestidad y autonomía de cualquier poder político o económico.

Asumo, además, que al lector le interesa poco mi opinión sobre lo que hacen otros medios y que

no es ético estar evaluando públicamente a quienes compiten conmigo. Eso lo hago en la intimidad de mi equipo de editores, como un ejercicio de evaluación interno para mejorar mi trabajo. Si así me comporto en los medios en los que me desempeño, no podría abusar de un espacio generoso como el de *idee* para hacerlo.

Por tanto, lamento defraudar al lector que esperaba encontrar en estas líneas una crítica particular y específica a otros

libertad de prensa. El papel de los medios en la sociedad —especialmente en un contexto de fragilidad de los poderes públicos como el peruano— es un asunto relevante, y debe estar sujeto a una evaluación rigurosa.

El problema se presenta cuando los que pretenden convertirse en jueces de lo que es malo y bueno en el periodismo, los que se sienten jurados de los premios Pulitzer y *ombudsmen* autodesignados, son quienes dirigen medios o programas que

En algunos hay, además, la intención de no quebrar el monopolio de la opinión e influencia periodísticas que han tenido durante muchos años y que, eventualmente, podrían estar 'amenazadas' por la llegada de otros periodistas.

Además de soberbia —característica que entre los periodistas alcanza niveles difíciles de encontrar en otras profesiones—, en muchas de estas actitudes hay un interés comercial por defender, a través del



medios, o que me dedique a repartir conchas con la mayor ídem, a pesar de que ganas no me faltan, por los ataques gratuitos que suelo recibir de algunos de ellos.

No es que el ejercicio del periodismo sea un tema tabú sobre el que no se puede opinar. Menos aun que criticarlo constituya una amenaza para la

compiten cotidianamente con los que quieren evaluar.

Son los que creen que sus denuncias e informes constituyen hitos en la historia del periodismo, pero cuando los hace el de al lado sostienen que este persigue objetivos subalternos. Andan mirando más al del costado que a lo que ocurre en sus propias redacciones.

ataque bajo e infundado, sus propios —y a veces disminuidos— espacios.

Lo que esto refleja es mediocridad para defender una posición y debilidad de ideas, así como la búsqueda angustiada de una justificación para explicar el fracaso del proyecto individual a través de un factor externo a la redacción en la que se trabaja, y

la incapacidad para responder, mediante la renovación propia, a la pérdida de vigencia.

Así, mi impresión es que una raya que hoy divide al gremio tiene, por un lado, a los que quieren hacer periodismo—bien o mal, el lector o la audiencia decidirán— y, del otro, a los que están muy interesados en hacer periodismo comentando, criticando y atacando a los primeros.

En realidad, llamar 'debate' a la esgrima que suelen plantear algunos periodistas frente a sus colegas puede constituir un exceso de generosidad. Con frecuencia, no se trata de una discusión de opiniones contrapuestas sobre la manera de desempeñar el oficio, sino del uso

abierto de la chaveta como una expresión de intolerancia que se motiva en la arrogancia y en la incapacidad de aceptar que puede haber un punto de vista legítimo que sea diferente del propio.

De otro lado, me parece que sería inadecuado realizar un juicio general sobre el estado actual del periodismo político peruano en una situación en la que hay tantos medios y con tan diferentes estilos y propósitos. Para mi gusto, actualmente hay de todo.

Sin duda, la principal autocrítica que debemos hacernos los periodistas y que, al mismo tiempo, representa nuestro principal desafío, es cómo abordar los problemas nacionales de fondo remontando una realidad en la que

la mayoría de los principales actores políticos ofrece un espectáculo de mediocridad espantosa. El reto es darle más importancia a asuntos como la educación, la salud, la seguridad o la exclusión, en un contexto en el que los políticos solo buscan figuración en la edición del día siguiente a partir de hechos intrascendentes.

Personalmente, antes que la crítica del colega, me interesa el juicio de los lectores y de la audiencia. No soy de los que tienen un menosprecio por estos. Al contrario, soy consciente de que el público demanda cada vez más calidad, rigor y buen periodismo. Ese es el espacio en el que debemos movernos, y no el del chisme barato entre redacciones. ■

Falta humor*

No es que el periodismo político haya cambiado demasiado en el Perú. Siempre ha sido de contrastes y de oposiciones. Lo que ocurre, y eso es lo que más molesta al poder, es que en el Perú se ha producido una honda crisis política que prácticamente ha hecho desfallecer o reducir a su mínima expresión a las figuras políticas, a los partidos y a las personalidades. Entonces, con las crisis de las instituciones, del Parlamento, de los jueces, e incluso de la Iglesia y las Fuerzas Armadas, se produce también la crisis política.

Lo que resulta curioso es que son precisamente los medios

los que adquieren una importancia mayor; no solamente son más vistos sino también más escuchados, al tiempo que se convierten de alguna manera en instigadores de las noticias y en jueces por adelantado de los acontecimientos. Esto se ha vuelto más fuerte e incisivo, lo que no debería alegrarnos sino más bien preocuparnos, porque en realidad denuncia una crisis y porque le otorga a la comunicación, o a lo que llaman revolución mediática, poderes que exceden largamente el quehacer periodístico.

La gente, en realidad, tampoco termina de contentarse con el periodismo, porque, en primer

lugar, considera que es la pura escandalera. En segundo lugar, y esto es una queja generalizada, porque le presta mucho más atención a la anécdota, a lo ligero, a lo efímero pero sensacionalista, que a las cosas profundas.

El periodismo no está obligado a entrar en las cosas profundas, porque para eso debería haber, como en el mundo contemporáneo, una serie de instituciones, centros de investigación, las propias universidades e institutos especializados. En Francia, Inglaterra o España, un debate político no es únicamente una cuestión mediática: lo tratan las instituciones formales de mayor solvencia y profundidad.

raúl vargas

Director de Noticias del Grupo RPP



Pongamos un ejemplo. El asunto del debate de la reforma constitucional en el Perú, que ha fracasado rotundamente, demuestra cosas muy curiosas. Los periódicos imponen el tema de la bicameralidad o del voto obligatorio o voluntario. Estos temas resultan siendo más sustantivos que planteamientos orgánicos, académica y socialmente más profundos, como lo que pueda significar la refundación de un pacto social que es lo que en el fondo se puede deducir de una Constitución.

Darle demasiado poder al periodismo origina ese tipo de quejas y expone a una sociedad a vivir la aventura de lo cotidiano. A veces se puede perder la brújula porque no tenemos esta visión del mediano, corto y largo plazo.

Algo que sorprende en el caso peruano es, por ejemplo, la falta clamorosa de semanarios, quincenarios y de mensuarios, o revistas de alta especialización

con fuente académica, que son las que en el fondo hacen un 'redondeamiento' de las grandes cuestiones medulares. En otras palabras, se le está dando a un periodismo que además es pobre, en términos de inversión económica o que no tiene cómo desarrollar una televisión del nivel de la del primer mundo, a unas sociedades productoras de información débiles, una responsabilidad que no pueden cubrir y que para el público resulta insatisfactoria.

En otras palabras, lo que está pasando es que existe una enorme necesidad de análisis, de orientación o de reflexión que el país reclama y que los medios cotidianos naturalmente no pueden cubrir con su información. No es su obligación y no tienen, físicamente, cómo hacerlo. Sin embargo, se reclama de esos medios ese grado de visión y de inteligencia para ver las cosas.

Mi experiencia con la radio me resulta conmovedora: lo que

más destaca es que me ha permitido desarrollar una línea de diálogo y, por tanto, de didáctica. Nuestras conversaciones con el público o mis intervenciones son muy simples, pero tienen esa gran ventaja de ir construyendo un cierto método de diálogo didáctico. Un milagro de la radio, cosa impresionante, es que logra cubrir todos los segmentos. Nosotros hablamos con el campesino, con el trabajador urbano, con los diversos sectores sociales; llegamos a todos los segmentos y todos, de alguna manera, se sienten atraídos por esta posibilidad de no ser sesgados. Tenemos claro el valor de defender la pluralidad. Podemos disentir y hacer preguntas difíciles, pero no agredimos al invitado. En general, no damos excesiva opinión; si uno tiene un contencioso, hay que escuchar a las dos partes. Es decir, un ejercicio de moderación pero sobre todo de explicación de las cosas, porque este es

un país de preconceptos, de prejuicios y, por tanto, no practica un ejercicio de racionalidad política. Esto hace que nos movamos más con pasiones que con informaciones, y que la información sea más sentimental, tendenciosa y emotiva que una buena información.

Estos son algunos de los aspectos que me parecen más preocupantes porque, en definitiva, el periodismo tiene la principal obligación de informar.

Lo que mejor ha progresado en el Perú es el periodismo de investigación y de denuncia, pero quizá sea también, al

mismo tiempo, tan amargo o tan insistente que no establece los niveles de gravedad de las investigaciones. Todas parecen desequilibrantes, excesivas, y no es así. Eso no ayuda a la construcción de un periodismo que tiene que ser básicamente educativo y vigorizar las redes de entendimiento y de consenso en un país invertebrado o desunido por definición.

Nosotros decimos en la radio que representamos un medio por el cual la gente se conoce y es un factor de integración. Eso es fundamental, como que el periodismo sea didáctico, plural, objetivo, integrador y que tiene

que ser sumamente ágil y entretenido, que es el otro punto en el cual nuestro periodismo tiene serias debilidades.

Somos un país depresivo, amargo, y acentuamos mucho las divergencias antes que los consensos. Nos falta una altísima dosis de humor. Hay que tener alegría, simpatía, movimiento, color. La comunicación tiene que tener eso en alta medida, porque no todo puede ser amargura. La sociedad requiere el aliento del buen humor. ■

* El texto es una edición de declaraciones grabadas al autor.

El justo medio

La pregunta que nos hacen es qué está pasando. Yo tengo la tentación de responder que nada muy distinto de lo que ocurre en otras partes como producto de la evolución de los medios de comunicación hacia lo que Guy Debord, el intelectual francés con dotes premonitorias, anunciaba cuarenta años atrás: la era de la sociedad del espectáculo, resultado del enorme impacto de los medios y de la manera de abordar los contenidos.

Hoy la radio, se dice, es el medio más consumido a escala mundial, pero la TV, sobre todo, y los periódicos, están modelando los valores y conductas de por lo menos el 80 por ciento de cada persona. Siendo así, quién puede dudar de su nivel de importancia.

La realidad, no obstante, es todavía más compleja en nuestro país. Pareciera que en el Perú se han juntado todos los males, luego de descubrirse la vergonzosa venta de conciencias de muchos medios y periodistas a Fujimori y Montesinos; asunto respecto del cual algunos han respondido con un conveniente y corto perfil bajo, seguido de un fácil reciclaje, amparados en la mala memoria colectiva y las pocas ganas de tomar cuentas, para, finalmente, estrenar remozada trinchera y acaso volver al viejo y oprobioso oficio de servir a un amo distinto del único que ennoblece el oficio de periodista: la verdad sin concesiones.

Gran parte del problema está además en la desmesurada sujeción de la televisión y la

radio al rating, y la guerra por la venta de periódicos con primeras planas "contundentes" que, combinados con los intereses de algunos grupos propietarios de medios, han decidido que lo que "le gusta a la gente" es una vulgarización brutal asociada a las noticias abordadas únicamente por el lado escandaloso, hasta sin el más elemental sustento, la crónica roja socorridísima a la hora de sumar público, la extraordinaria cobertura de la farándula con generosa exhibición de anatomías y, en general, todo lo que tenga que ver con estridencia. Todos estos, componentes favoritos de programas de reputada audiencia.

La banalización y la desinformación de los contenidos noticiosos suele perseguir un único y

supremo objetivo, que es el de presentar muchas primicias, algunas de las cuales llegan a las redacciones en forma de anónimos y, sorprendentemente, no merecen gran análisis, dada la loca carrera por lanzarlas. Cuando esto sucede, se está convirtiendo la labor informativa en un remedo y, en realidad, los medios están pasando a constituirse en angustiosos negocios de hacer productos altamente vendibles. Esto, cuando la orientación de la noticia no está guiada por intereses subalternos, disfrazados de línea periodística.

La percepción de todo esto por la opinión pública está generando una sensación que camina peligrosamente hacia el hartazgo; es conocida ya la escasa credibilidad que toca también al

gremio. Se suma una frustración respecto de la política nacional, ciertamente deficiente, pero cuya sobreexposición juega en contra del Estado de Derecho y hasta del sistema democrático, porque le hace pensar a la gente que estamos en un callejón sin salida, que todo va tan mal que necesitamos "una mano dura" (léase un dictador), "porque la democracia es débil" y que nada nos ampara en última instancia, al punto de necesitar hacer justicia por propia mano, como lo estamos viendo repetidamente.

No obstante la sensación de agobio que domina en el país, como siempre, generalizar invita a equivocarse. Ni todos los periodistas están involucrados en manejos amañados, ni toda la prensa responde a intereses

subalternos. Es innegable que en un país como el nuestro, prácticamente desinstitucionalizado, la prensa cumple un papel desmesuradamente protagónico, lo que, sin embargo, ha dado también extraordinarios frutos. Algunas de las más graves denuncias que involucran a la cúpula del poder se han podido conocer únicamente por la prensa; de no haber sido así, estaríamos repitiendo el vergonzoso capítulo de la prensa de Fujimori.

Yo creo que se puede concluir que en el Perú el problema consiste básicamente en encontrar el justo medio: que no apague los entusiasmos, pero que delimite adecuadamente las competencias y, sobre todo, que ayude a evitar el desborde. ■





Pluralidad, impaciencia y exceso*

enrique zileri

Director de *Caretas*

Belaunde, Morales Bermúdez, García—, se ha acentuado en el caso del actual Gobierno. Por lo general los políticos terminan linchados por los medios de comunicación, lo que revela una frustración permanente de la opinión pública en un país que tiene tantas necesidades y tantas carencias. Es un reflejo casi psicológico de un país como el Perú.

Las generalizaciones son siempre odiosas, pero hoy lo son también por la diversidad de los medios de comunicación y porque hay una serie de situaciones diferentes. Por ejemplo, el periodismo político de Mirko Lauer es muy distinto del de *Correo*.

En el Perú contamos con una ventaja en comparación con otros países: existe una gran variedad de puntos de vista y orientaciones editoriales en los medios de comunicación. Hay que recordar que muchas ciudades norteamericanas tienen un solo diario. Por supuesto, son diarios con una cierta disciplina periodística y con

columnas de opinión diferentes, pero cuando se trata de temas fundamentales, como la Guerra de Irak, la línea editorial central de la cadena de diarios es muy importante.

Nosotros tendemos a endiosar al político que entra y a lincharlo cuando sale. Esto, que no es nuevo —ha ocurrido antes con

Hay una cierta "cultura tabloide" que ha ingresado a la prensa en general y, específicamente, a la prensa política. Se tiene que buscar un titular diario, que generalmente es crítico o apocalíptico, lo que me parece una situación excesiva. Nada resulta bien, todo es desastroso; en ese sentido, y considerando las tendencias usuales,

estamos viviendo un linchamiento superlativo alimentado y retroalimentado por las encuestas. La prensa alimenta posiciones críticas a los medios de comunicación en las encuestas, y las encuestas alimentan comentarios críticos. Se trata, entonces, de una espiral.

Esta espiral, que va conduciendo a una especie de linchamiento, se ha dado ya antes. Hay que recordar el fin de los gobiernos de Belaunde, Morales Bermúdez o Alan García. Estaban viviendo esa especie de linchamiento, una espiral de exacerbación con auténticos excesos.

Cuando uno habla de prensa política está hablando de los comentaristas políticos, de los analistas políticos; de cómo se diagraman los diarios o se escogen los titulares, de la forma en que se organiza la noticia, que a veces es más fuerte que el propio editorial, cosa que se ve mucho en la prensa tabloide.

Así llegamos a la orientación de los periódicos, a la necesidad de circulación, a la competencia. Existe la convicción de que si no golpeas muy duramente no vas a tener una presencia adecuada. Esto también concierne al estilo de varios programas políticos de la televisión.

En todo este panorama la televisión tiene un impacto tremendo y está muy vinculada a lo que sale en los diarios. Hay

una especie de rebote permanente. La competencia es feroz, el *ráting* es feroz; el temor de acabar desapareciendo como consecuencia del *zapping* es tremendo. El control remoto es la cuna del sensacionalismo televisivo; y cuando se trata de política, del sensacionalismo político. El control remoto te puede hacer desaparecer, darle toda la publicidad a otro. Hay una especie de círculo un poco pérfido en este tema.

Esto está acentuado en este momento, pero no es nuevo. No recuerdo un gobierno que no haya terminado siendo considerado el más corrupto o el más inepto en el Perú. Todos los gobiernos terminan así. Por ejemplo, el primer régimen de Belaunde. Posteriormente, el arquitecto fue reelegido.

Los medios en general reflejan esa forma excesiva, esa impaciencia, esa frustración de la opinión pública en el Perú, comprensible debido a las carencias de un país como el nuestro. Debo recalcar que las generalizaciones son terribles, pero esa es mi posición; no es una apreciación muy favorable.

Ahora, ¿cuál es la función de la prensa?: la de la crítica, la denuncia de excesos, falsedades, hipocresías. Desnudar a los hombres públicos o a los candidatos. Pero a veces tengo la impresión de que el mundo se va a acabar: no hay una noticia buena, no hay una noticia neutral, ni una informativa. Creo

que estamos en la etapa del linchamiento.

El actual intento de llegar a un acuerdo ético es positivo pero también sumamente complicado, porque hay una gran variedad de matices. En todas las campañas electorales hay una serie de armas o de resquicios para atacar al opositor. La privacidad del hombre público se reduce. El hombre público o el candidato no tiene la misma privacidad que una persona común y corriente. Si hay un candidato que tiene sida, es absolutamente legítima la información; en cambio, aludir a una enfermedad de ese tipo en el caso de un ciudadano común y corriente es muy grave. Es decir, la privacidad se mide de acuerdo con el interés público. Si un candidato tiene problemas con el alcohol, empieza a ser un tema público absolutamente legítimo. Se trata de un tema que está dentro del pacto que se intenta construir, pero que se tiene que afiatar, ya que no va a ser fácil establecer unos parámetros muy claros. También debe recordarse que hay países en los que en una cuestión así son infinitamente más descarados que en el Perú. Estados Unidos, por ejemplo: encuentran algún amorío en un candidato y sale en todos los medios de comunicación; deja de ser un tema privado. ■

* Versión editada de declaraciones prestadas por el autor.

Sobre "escandalosos" y gobiernistas

cecilia valenzuela

Conductora de *La Ventana Indiscreta*

Entre gitanos no se leen la suerte, reza un viejo refrán. Habría que añadirle que entre periodistas tampoco. En este duro pero apasionante, ingrato pero revitalizador oficio del periodismo político los periodistas nos conocemos y sabemos que, salvo problemas de envidias y rencores personales, cuando nos enfrentamos lo hacemos por razones de línea editorial, que es lo mismo que por razones políticas.

Los que hemos adoptado una línea crítica respecto del Gobierno estamos enfrentados hoy con los que se ubican en la línea oficialista. Solo que los que defienden al Gobierno de Toledo tienen la arrogancia de sostener que los otros, los que lo criticamos, somos escandalosos, inconsistentes y servimos a la mafia fujimontesinista. Ellos, faltaba más, son objetivos, profesionales y, lo más chistoso, defienden por principio la democracia y la estabilidad y, aunque no nos guste, eso lo encarna en este momento Alejandro Toledo.

No creo en el destino y tampoco creo que exista en la actualidad un solo peruano, meridianamente independiente, que no esté convencido de los intereses que unen a la corrupción del Gobierno de Fujimori y Montesinos con la de Toledo y Olivera. Sin embargo, en desmedro de

los pájaros fruteros, los periodistas que desde sus revistas, periódicos y programas de televisión le hacen el juego al Gobierno, se parapetan justificando a los segundos como "pirañitas" o "aprendices" de los primeros.

No estoy de acuerdo, no creo en el ladrón bueno. Creo que los periodistas debemos mantenernos en una sola línea, la de la información. Creo que frente a los animales políticos que vigilamos, debemos ser animales periodistas. Eso nos vuelve protagonistas en las dictaduras, porque a los dictadores les perjudica la información. Lo paradójico es que haya periodistas que piensen que eso nos convierte en adversarios de las democracias.

Empecé a hacer periodismo en 1989, y lo que recuerdo del periodismo político en un régimen democrático similar al de hoy no es más tolerante pero sí más violento. A fines del Gobierno aprista y en la efervescencia del Fredemo la prensa política, y aun la que no lo era, se enfrentaban arteramente y a mansalva. Guardo entre mis recortes la carátula de un número de la revista *Sí* en la que aparecía el director de la revista *Caretas*, bastante rociado y con una cornucopia en la cabeza. Los directores de esos medios pensaban diametralmente dife-

rente respecto de Alan García y Mario Vargas Llosa.

Hoy se recurre a otro tipo de argumentos. Los periodistas vinculados al Gobierno acusan —como lo señala *ideele* en sus preguntas— a los independientes de sufrir de "escandalitis" o de hacer lo que sea con tal de vender o tener rating. Los que no trabajamos en una ONG o en los medios que viven, oficial o extraoficialmente, de la publicidad o los favores del Gobierno, tenemos que ser creativos para no ser expectorados del mercado. Si nuestros medios no venden o no alcanzan un rating razonable (que es el equivalente a vender), el diario quiebra o el programa cierra. Por eso miente el que niega la necesidad del periodista de encontrar la mejor manera de entretener: de atrapar y mantener atrapado al lector o al televidente.

Y sobre la capacidad de hacer escándalo, los amigos del Gobierno son mezquinos al atribuirnos a los periodistas críticos semejante talento. El talento para el escándalo no es nuestro: es, todo, del Presidente, su familia, su entorno, sus amigos, sus escoltas y sus pescados.

Para fortalecer el argumento de la crisis a la que los "escandalosos" hemos llevado a la prensa, los periodistas gobiernistas



publicaron hace poco, de manera incompleta, una encuesta de la Universidad de Lima sobre la credibilidad de la prensa. El objetivo de esa parcial publicación era mostrar a la prensa como un enfermo agonizante. Sin embargo, cuando los datos desagregados fueron saliendo a la luz, gracias al esfuerzo de uno y otro periodista, constatamos que sí existen diarios y programas con alta credibilidad, y que eso coincide con las ventas y con la sintonía.

¿Qué pasa con el periodismo político en el Perú de hoy? Pasa lo de siempre. Pasa que los políticos desprestigiados buscan sus aliados en la prensa necesitada. Si el Gobierno de Toledo no hubiera sido tan débil, hubiese presionado para que los periodistas críticos que trabajan en los diarios o en la

televisión sean despedidos o censurados, y eso habría motivado el aplauso de la prensa que le sirve.

Cada vez está más claro que el propio presidente Toledo estuvo involucrado en un plan en el que pretendía que sus aliados comprasen los más importantes canales de televisión, 80 por ciento de cuyos propietarios están procesados por haberle vendido sus líneas editoriales a Montesinos. Hay testimonios de empresarios mediáticos que revelan que el propio Presidente, a través de su abogado, César Almeyda, estuvo presionando a los *broadcasters* aprovechándose precisamente de su vulnerabilidad.

Existe la posibilidad entonces de que, al haber fracasado en el intento de manejar a la prensa,

el Gobierno haya seducido aliados dentro de la misma prensa para fustigar y combatir a quienes lo investigan y critican. Un intento fue la campaña por extender la jurisdicción del Tribunal de Ética del Consejo de la Prensa a medios y periodistas no asociados.

No creo en la reglamentación de la prensa; prefiero el riesgo de la libertad y el mercado y los "fatídicos" índices de ratings y ventas. La mejor regla en periodismo es la que no existe, le he escuchado decir a muchos viejos periodistas, y yo suscribo esa frase. Debemos separar los campos: los periodistas nos dedicamos al periodismo, los políticos a la política, los curas a salvar almas y los funcionarios públicos a trabajar por los intereses del Estado y no por los propios. ■